

La articulación entre cuerpo y goce: ¿Una dialéctica del síntoma?.

Leibson, Leonardo.

Cita:

Leibson, Leonardo (Noviembre, 2019). *La articulación entre cuerpo y goce: ¿Una dialéctica del síntoma?.* XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/leonardo.leibson/24>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pzMO/exb>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

LA ARTICULACIÓN ENTRE CUERPO Y GOCE: ¿UNA DIALÉCTICA DEL SÍNTOMA?

Leibson, Leonardo
Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

En el marco del proyecto UBACyT “El cuerpo del psicoanálisis y su relación con la noción de goce en la enseñanza de Jacques Lacan entre 1966 y 1973” que dirijo, nos proponemos exponer algunas de las consecuencias de considerar al cuerpo en sus articulaciones con el goce. Lacan plantea esta articulación como una relación de inclusión y de exclusión. Dicha tensión supone una tercera cuestión: “el cuerpo del otro (del partenaire) deviene la metáfora de mi goce”. A partir de esto, localiza al sujeto en la juntura entre cuerpo y goce. El horizonte de este recorrido es poder darle a este planteo la condición de basamento para reflexionar acerca de las maneras de presentarse la dimensión gozante del síntoma, en sus diversas presentaciones. Nuestra hipótesis es que se trata de un modo dialéctico de entender el goce del síntoma que se puede distinguir de ciertos binarismos que lo reducen a ser goce o significante. Las conclusiones apuntan también al valor clínico que se desprende de este recorrido.

Palabras clave

Cuerpo - Gocce - Sujeto - Síntoma

ABSTRACT

THE ARTICULATION BETWEEN BODY AND ENJOYMENT: A DIALECTIC OF SYMPTOM?

In the framework of the project UBACyT “The body of psychoanalysis and its relationship with the notion of enjoyment in the teaching of Jacques Lacan between 1966 and 1973” that I direct, we propose to expose some of the consequences of considering the body in its articulations with enjoyment. Lacan considers this articulation as a relation of inclusion and exclusion. This tension supposes a third question: “the body of the other (of the partner) becomes the metaphor of my enjoyment”. From this, it locates the subject in the juncture between body and enjoyment. The horizon of this journey is to be able to give this approach the condition of a foundation to reflect on the ways of presenting the joyful dimension of the symptom, in its various presentations. Our hypothesis is that it is a dialectical way of understanding the enjoyment of the symptom that can be distinguished from certain binarisms that reduce it to be enjoyment or significance. The conclusions also point to the clinical value that emerges from this journey

Key words

Body - Enjoyment - Subject - Symptom

1. Introducción

En el marco del proyecto UBACyT 201720020170200340BA: “El cuerpo del psicoanálisis y su relación con la noción de goce en la enseñanza de Jacques Lacan entre 1966 y 1973” que dirijo, nos proponemos exponer algunos avances de la investigación referidos a la indagación de las consecuencias de considerar al cuerpo en sus articulaciones con el goce. Daremos lugar a algunas vertientes de esta articulación, especialmente la que Lacan plantea como una relación de inclusión y exclusión, lo que supone un tercer término: “el cuerpo del otro (del partenaire) deviene la metáfora de mi goce” (Lacan 1966-67). A partir de esto, intenta localizar en la juntura/disunción entre cuerpo y goce (LACAN 1968-69) la noción de sujeto y subjetivación.

El horizonte de este recorrido es poder darle a este planteo la condición de basamento para reflexionar acerca de las maneras de presentarse la dimensión gozante del síntoma, en sus diversas presentaciones. Nuestra hipótesis es que se trata de un modo dialéctico de entender el goce del síntoma que se puede distinguir de ciertos binarismos que lo reducen a ser goce o significante. Adicionalmente, esta (¿aparente?) contradicción podrá leerse desde y con los desarrollos de Jacques Lacan en “La Tercera” (LACAN 1974) cuando plantea que el goce fálico es fuera del cuerpo, en tanto el goce Otro queda fuera de simbólico. Suponemos que es esta la manera de reformular esta disunción a partir de que el cuerpo, trabajado por la topología del nudo borromeo, se relocaliza como consistencia imaginaria, en tanto anudado a simbólico y real, repartiéndose el goce que se vincula con el cuerpo en los modos de entrecruzamiento de los registros que el nudo permite atender.

Las conclusiones apuntan al valor clínico que se desprende de este recorrido.

2. Un nuevo principio

En la sesión del 31/5/67 del Seminario “La lógica del fantasma” (LACAN 1966-67), dice: “El goce es algo en donde marca sus rasgos y sus límites el principio del placer, es algo sustancial importante de producir bajo la forma que acabo de articular en nombre de un nuevo principio: no hay goce más que del cuerpo.” Esto, anunciado como un nuevo principio que excede y suplementa al freudiano principio del placer, se presenta pleno de

consecuencias:

Si “no hay goce que no sea del cuerpo”, eso no significa que ese goce permanezca en el cuerpo, ni que lo haga siempre de la misma manera. Porque el cuerpo -su consistencia imaginaria- requiere para su constitución y soporte que ese goce sea barrido, extraído de lo que a partir de esa operación podrá llamarse con propiedad “cuerpo”. Esta operación deja marcas necesarias para que la imagen del cuerpo se desprenda de las improntas del instinto, o sea, que no sea un “dibujo animado” movido por los atractores del campo de los estímulos. Las marcas simbólicas que tanto barran al goce como soportan la imagen desde sus huecos, establecen que ese organismo instintual se ha perdido en aras de un cuerpo que ya no puede quedar aislado del sujeto que lo contempla a través de un juego de reflejos. Ese sujeto (en sus diversas formulaciones: desde el S en los esquemas ópticos hasta el sujeto entrometido en la dialéctica entre goce y cuerpo del Seminario 14) será discernible del cuerpo pero no desprendible de él. Esto en virtud de una serie de operaciones que los ligan, de las cuales la de la nominación sea tal vez la principal. No es menor recordar que ese sujeto se constituye por su afánisis, o sea en su destitución, pero siempre manteniendo algún tipo de vínculo (tal vez más temporal que espacial) con ese cuerpo. Esto, que es un dato de la experiencia aunque no sea una obviedad, tiene algunas consecuencias y despierta también varios interrogantes:

- 1) El vínculo entre sujeto y cuerpo supone que el goce interviene de alguna manera allí. Lo hace como excluido o como reincidente, como enigmático o perturbador, como amenazando ausentarse, etc. Lo hace en oposición al deseo y articulado a diversas lógicas (la fálica y la del no-todo).
- 2) Que la función sujeto, se realice o no, condiciona el funcionamiento del cuerpo, al menos en alguna medida que sería arriesgado considerar menor. Ejemplos de lo que pasa con el cuerpo cuando el sujeto queda abolido: el hospitalismo, el “musulmán” del *Lager* (AGAMBEN 2000). La psicósomática es otra modalidad de esta mortificación del cuerpo cuando la función sujeto queda vacante, o, más precisamente, suspendida, a la espera (en francés diríamos: *en souffrance*).
- 3) También la experiencia nos enseña, y Freud basa sus desarrollos en ello, que la función sujeto tiende a encontrar modos de ser restituida cuando las condiciones de su constitución peligran. La forma privilegiada es el síntoma que implica una satisfacción sustitutiva que involucra, como tal, una forma de subjetividad a partir de que es el síntoma un modo de interpelación del Otro que se convoca al sujeto a responder por su existencia. Entonces: ¿Podemos suponer que la invocación de esa función sujeto puede llegar desde el síntoma corporal? ¿La enfermedad orgánica, al menos en algunos casos, podría ser la última estación que recorren los intentos de sostener la subjetividad?
- 4) La experiencia muestra que la posibilidad de restitución o reconstrucción, de que se vuelva a poner en funcionamien-

to la función sujeto (función ligada a ciertas operaciones del lenguaje: equívoco, malentendido, poetización, metáfora, musicalidad; o sea, las operaciones que evidencian que el significante no se significa a sí mismo, que no es signo, por lo que puede representar a un sujeto para otro significante) muchas veces modifica la enfermedad orgánica. Donde no se trata tanto de que una interpretación revele un sentido oculto del síntoma como de que sus resonancias reabran las condiciones para que la palabra circule de manera tal de que se restituya la hendija que sostienen la función sujeto. Esto permite concebir una práctica psicoanalítica que podemos llamar: clínica del fenómeno psicósomático.

- 5) Las alteraciones de lo imaginario (su empobrecimiento (alexitimia, pensamiento operativo, holofrase, etc.) son un efecto más que una causa. Más aún: son el índice de cierto funcionamiento cuando la función poética del lenguaje se ausenta o se eclipsa. Por eso, el tratamiento por la palabra es posible en estos casos siempre y cuando se entienda que el tratamiento por la palabra no se reduce (aunque no lo excluya) a la atribución de sentidos o la producción de saberes acerca de lo que estaría ocurriendo. La palabra tomada no como especie aislada sino como evento transferencial, o sea en el encuentro con otro cuerpo nombrado que puede hablar y podría responder, encuentro en el cual la palabra encontrará una manera de presentarse que, excediendo a la función comunicativa, establece lazos y, así, constituye subjetividades.

3. El significante, causa del goce... y del cuerpo

Que el goce sea “barrido”, o excluido de la imagen del cuerpo (esto es, de aquello que del cuerpo puede ser captado y capturado subjetivamente por intermediación del yo) es el efecto de una operación significativa que a la vez es constituyente de que el goce ex-sista.

Sin embargo, conviene tratar de precisar mejor en qué consistiría esta operación. Podría imaginarse como si el cuerpo fuera una masa hecha de una sustancia (en el sentido físico) llamada goce (vagamente relacionada con sensaciones de vitalidad y dolor, cosquillas que torturan según su intensidad), y que el dicho goce preexistiría al cuerpo. Sobre esta masa, algo atinente al lenguaje efectuaría una suerte de purgamiento o expulsión, lavado más o menos violento que deja esa superficie “limpia de goce” (la expresión es de Lacan (LACAN 1968-69)) y apta para convertirse en un cuerpo funcionalmente yoico.

Esta concepción, sin embargo, adolece de algunas dificultades: por un lado, que el goce no podría preexistir a lo que lo causa, que es el significante mismo. Segundo, que lo que persiste es un sistema tenso e inestable, donde el principio lacaniano “no hay goce que no sea del cuerpo” se confronta dialécticamente con otro fundamento: “el cuerpo debe ser barrido de goce”. O sea, que para que el cuerpo como tal se constituya, se sostenga y pueda también moverse vitalmente en el mundo, se requiere que ese goce que de allí surge no se establezca o no permanezca en

el cuerpo mismo. El goce, en su versión fálica, atravesado por el corte significante, resta fuera del cuerpo. Aun cuando quede un goce Otro, supuesto e imposible, que deja sus trazas fuera de simbólico (LACAN 1974). Esta doble relación de interioridad y exterioridad, de inclusión y exclusión entre goce y cuerpo permite concebir el modo de superficie en la que el cuerpo consiste: una superficie seguramente no esférica, con agujeros y lugares de pasaje entre lo que se imaginiza como interno y externo. Un cuerpo moebiano, kleiniano (por la botella de Klein), o, más precisamente, tórico como terminará definiéndolo Lacan en los últimos seminarios. Una superficie agujereada de diversas maneras, en definitiva inasible en términos imaginarios, pero que por otra parte solo es aprehensible para el sujeto por la intermediación que la imagen especular (y su dialéctica) aportan.

Esto coincide con la experiencia cotidiana en la que el cuerpo queda olvidado salvo cuando se vuelve presente -y a veces urgente- a través de sus necesidades o molestias que delatan su existencia y a las que el yo debe responder. Fuera de eso, como durante el dormir, el cuerpo no es percibido ni registrado (y, si lo es, el durmiente se despierta, no sin haber intentado incluir esas perturbaciones en el soñar previamente). De donde se puede extraer que si bien cuerpo y yo se co-pertencen, hay una dimensión del cuerpo que alerta y atenta contra el equilibrio y la supuesta paz yoica-narcisista. O sea, el narcisismo hace imagen del cuerpo como algo unificado y domesticable, pero el cuerpo mismo atenta y agrieta esa paz con sus exigencias. ¿Es eso que llamamos goce lo que hace su aparición a través de estas exigencias?

La manera clínicamente evidente de esto es la irrupción de lo sintomático. Eso que “viene de lo real” (LACAN 1974), que impide que las cosas marchen, que altera la imagen. A partir de ese modo de irrupción sintomático es que se postula un goce allí. Porque es Freud quien supone (y demuestra) que en esa perturbación molesta que es el síntoma hay una satisfacción (sustitutiva, aunque toda satisfacción lo sea) y que por ende no se trata de un mal funcionamiento de un mecanismo sino de un intento de responder o resolver a una pregunta o situación problemática para el sujeto que atañe a lo que falla en la obtención de satisfacción para la pulsión.

Si hablar de goce tiene alguna importancia teórica y clínica en psicoanálisis es a partir de esta suposición. Porque es así que se convierte en el pivote de la práctica y de la cura analítica. Dicho de otro modo, cuando el campo del psicoanálisis se solapa con el campo del goce.

4. Para una definición posible del goce imposible

Sin embargo, esto no deja de ser el inicio de una serie de problemas, tanto teóricos como clínicos.

Por un lado, la pregunta acerca de qué alcance podemos darle a la noción de goce. Queda claro que se localiza más allá del principio del placer, más acá de la dialéctica del deseo, por fuera de lo simbólico y de lo imaginario, enraizado en lo Real (de lo

que nada puede decirse más que de eso nada puede decirse). Pero cuando intentamos avanzar se imponen una serie de preguntas incómodas: ¿Es una sustancia? ¿De qué tipo? ¿En el sentido de una materialidad más o menos sutil? De ser así, podemos recurrir a la noción tan freudiana de “libido”, pero también esto podría llevarnos a otros lugares como, por ejemplo, la teoría del *orgón* de W. Reich, o todas las variantes de raigambre más o menos oriental acerca de las energías y sus modos de circular (en las que C. G. Jung tuvo y tiene gran influencia en el auge que alcanzaron estas concepciones en nuestra cultura en las últimas décadas, hasta la actualidad). Sabemos que estas derivas teóricas arriban rápidamente a conclusiones psicopatológicas y técnicas que resultan en las antípodas del psicoanálisis.

El goce considerado como una materialidad, como una sustancia en el sentido de las sustancias materiales de la naturaleza, entonces, nos lleva por caminos que parecen alejarnos de un psicoanálisis tal como lo producen la apuesta freudiana y los despliegues lacanianos. Por otro lado, nos encontramos con la clasificación de esa sustancia en sus tipos y especies: fálico, del Otro, femenino, etc. A partir de lo cual se supone que se podría/debería identificar el goce para cada tipo de síntoma o afección (algo así como el agente etiológico específico de cada proceso infeccioso). Este modo de pensar podría terminar resultando un remozamiento a duras penas disimulado de la hipocrática teoría de los humores y sus combinaciones en la causación de las enfermedades humanas. Razonamiento que la medicina mantiene hasta la actualidad, dado que el funcionamiento del organismo y la producción de síntomas y enfermedades que serían el efecto de un mal funcionamiento, se basa en la idea de un equilibrio que se altera, o de una combinación de sustancias que se desbalancea por exceso o por defecto. De donde se deriva la idea de que, si se trata de un exceso o un defecto, la cura consistiría en la disminución o el aumento de eso. Idea que se transpola a la jerga analítica en términos como “acotar el goce”, contenerlo, recortarlo. O, por el contrario, de insuflarlo de alguna manera o de reconquistarlo.

En todos estos casos se piensa que el goce es una cosa más o menos natural, positivamente ubicable, asible o manipulable de alguna manera. Y que el buen analista sería un buen manipulador de esa cosa llamada goce. Mediante la palabra o mediante algún tipo de “acto” que daría lugar al ansiado regreso al equilibrio.

De ahí a la reinstauración del dispositivo disciplinario médico-psiquiátrico[i] no hay casi ni un paso. La clave de ese dispositivo se esconde en un término: educación. Eduquemos al goce, eduquemos al yo para que lo contenga, eduquemos al sujeto para que no caiga en sus trampas. Por supuesto que la educación es básicamente un modo de tratamiento del goce pero desde siempre se sabe que es un medio parcial, incompleto y altamente poco eficaz (requiere grandes consumos de energía y recursos para resultados bastante magros cuando no penosos). Sería más honesto hablar de domesticación o domeñamiento

que de educación.

Si el psicoanálisis fuera un método para educar al goce, no se habría encontrado nada nuevo^[ii] y el invento freudiano no tendría sentido ni alcance.

Pero el descubrimiento de Freud es que, justamente, hay algo allí que no se puede educar, ni contener ni acotar, dado que cada vez que se intenta algo de eso el goce que se cree retirado de un lugar retorna desde otro y, las más de las veces, de manera peor o más compleja. Hay síntoma que viene de lo real y de lo inconsciente, y esa es la gran cuestión del psicoanálisis.

Hay síntoma y ese síntoma implica, supone, produce y elabora un goce. Por eso el síntoma es lo que viene de lo real y no un mal funcionamiento de la maquinaria orgánico-psicológica. Por eso no se trata de encontrar ningún nuevo equilibrio sino de encontrar el modo en que ese desequilibrio (articulado en términos de inhibición, síntoma y angustia, o también de angustia, goce y deseo) puede ser un modo de vida. Dado que el equilibrio, de ser logrado, sólo equivale a la muerte.

Por eso el psicoanálisis no es una práctica que tienda a compensar ni a equilibrar ni a completar. Es la experiencia del obstáculo, de la sustracción (la “*vía del porre*”), del desequilibrio que permite caminar sin caerse, del agujero alrededor del cual algo se mueve, de la falta que suscita.

5. Conclusiones provisorias

Entonces, podemos retornar a la pregunta. ¿Qué es eso que llamamos goce?

En principio, un supuesto. Lo que suponemos a una vivencia y a una experiencia. O a un conjunto de experiencias. Que tienen que ver con cosas que se sienten, de las más diversas a decir verdad: gusto, dolor, cosquillas, compulsión, incapacidad, éxtasis y estasis, obstáculo, reiteración, etc. Pero no sólo que se sienten sino que hacen a una experiencia. Porque el goce no sería el dolor “puro” sino -también- sus efectos, su relato, su aventura. La satisfacción o la insatisfacción en tanto eso hace hablar y, eventualmente, produce un decir. Decir que revela la dimensión de un sujeto que no es dueño de sí, ni de su pensar ni de su cuerpo. Pero que si no está ahí, no hay experiencia, ni cuerpo ni pensar ni vida posible. El enigma del goce requiere ser considerado en tándem con el enigma de la subjetividad, en tanto sujeto del inconsciente -o *parlêtre* si se prefiere-, pero esto quiere decir que estamos allí ante efectos del lenguaje y de la lengua que no son indiferentes al devenir del cuerpo afectado por ese decir.

Ese supuesto será revestido por toda una serie de teorías, obviamente fantasmáticas, ficcionales. Porque no se puede aprehender sino suponer, por más que le atribuyamos toda una serie (en sentido matemático) de efectos^[iii].

Pero no da lo mismo cómo se sostengan esas teorías, cómo se conciba ese goce. Eso determinará un accionar del analista, una posición (ética), un modo de estar concernido por eso y de inter-venir allí.

En esta línea, la tensión que Lacan plantea entre cuerpo y goce y que “resuelve” ubicando un goce y Otro, un cuerpo y Otro, en una relación de metáfora, es un modo de, partiendo de esa *ousía* (que no supone ninguna sustancia en el sentido material ni natural) poder encaminar o delinear un método, un camino, por el cual se pueda ir andando con eso y, eventualmente pero no del todo azarosamente, produciendo alteraciones o modificaciones en los modos de aparición y de circulación del goce, en su economía.

(De paso, esto es lo que hace que el psicoanálisis, siendo una “ciencia fijación”, no es cualquiera porque el cuerpo no se deja llevar a cualquier parte: es lo que resiste, en sus tres dimensiones, a encajar en cualquier discurso, es lo que puede marchar y ordenarse pero siempre haciendo síntoma de alguna manera; ese síntoma podrá ser ignorado e incluso rechazado, pero no puede ser destruido.)

Derivamos de lo antedicho algunas conclusiones que nos son sino parciales y que podrían, esperemos, dar lugar a nuevos recorridos:

a) La estabilidad de la imagen está cuestionada por las irrupciones de goce, pero a la vez esos derroteros del goce brindan los amarres para que la imagen se constituya. Una imagen que no tenga ningún recuerdo de las trayectorias del goce es menos que una foto borrosa. Lo que da perfil y rasgo a la imagen, lo que la singulariza, son las trazas que el goce en su pasaje y borramiento y retorno (o intentos de) va realizando.

b) Esas marcas son tales porque hay un orden significante (sincrónico y diacrónico, o sea, en el *après coup*) que troza y repara al cuerpo tanto en su vis imaginaria como en lo que hace a la posibilidad de que el goce lo recorra, anime e incluso dañe. No hay goce por fuera del significante, aun cuando -y justamente porque- no es capturable ni definible por el significante como tal.

c) Que haya dialéctica goce en/fuera del cuerpo es un efecto de la alternancia y el equívoco significante (o sea, de que el significante no tenga una estructura continua, que sea discreto), así como es lo que puede dar cuenta de las diversas modalidades/economías del goce en relación a sus efectos (sobre el cuerpo, a propósito del sujeto).

d) Que haya o no efecto sujeto está vinculado a estos movimientos del goce desde/hacia el cuerpo, porque, en tanto, como cuerpo y goce no coinciden (por efecto del orden equívoco del significante), entonces hay sujeto. Es este un factor en el modo en que esos desplazamientos del goce (que siempre implican la existencia de al menos otro cuerpo) impactan y alteran al cuerpo llamado propio: desde la vivencia placentera hasta el fenómeno psicósomático, desde el síntoma neurótico o psicótico hasta las vivencias angustioso-dolorosas del duelo, desde las capacidades a desarrollar hasta las inhibiciones congelantes, etc. O sea, que la dialéctica entre cuerpo, goce y sujeto resultan lo que subtiende la dialéctica del síntoma en términos de las tensiones que juegan en su constitución y en sus posibilidades de ser tomado en el dispositivo transferencial donde podría encontrar alguna forma de tratamiento.

NOTAS

[i] Y de uno de sus más cercanos retoños: el psicoanálisis del yo que va de Anna Freud y sus prédicas educativas a las técnicas que se desarrollaron en cierta escuela del psicoanálisis en Estados Unidos, muchas de las cuales no son ajenas al nacimiento y vida lozana de las técnicas psicoeducativas, de autoayuda o cognitivo-conductuales que tanto se machacan en estos tiempos. Queremos decir, síntomas de la época.

[ii] No sólo las ideas hipocráticas participan de esta concepción. Casi todas las religiones y muchos sistemas filosóficos propenden la limitación de las gormas del goce como un ideal de salud y felicidad. La actualidad los presenta bajo envoltorios “científicos” como algunos que hablan en nombre de las neurociencias y otras disciplinas.

[iii] Como en la novela de S. Lem “Solaris”, donde el océano está ahí y hace cosas, pero la incompreensión es absoluta aun cuando algunas maniobras sobre esos efectos puedan resultar eficaces. La locura es

un borde de eso, el duelo es otro, la sorpresa y la angustia también. Alguien puede irse de allí pero eso no le basta para dejarlo atrás. Como diría Freud, ciertos estímulos no se pueden evitar ni rehuir.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2000). *Lo que queda de Auschwitz, el archivo y el testigo, Homo sacer III*, Valencia, Pre-textos, 2000.
- Lacan, J. (1966-67). *El seminario. Libro 14: La lógica del fantasma*, inédito.
- Lacan, J. (1966). “Psicoanálisis y medicina”, en *Intervenciones y textos*, Buenos Aires, Manantial, 1985, 86-99.
- Lacan, J. (1968-69). *El seminario, libro 16: De un Otro al otro*, Paidós, Buenos Aires, 2008.
- Lacan, J. (1974). “La tercera”. En *Intervenciones y textos*, 2, Manantial, Buenos Aires, 1988.